

esa gracia en los cristianos que se acercan al movimiento, incluso tras la muerte del que recibió la gracia especial, la unión con la jerarquía eclesiástica y la oportunidad de los movimientos suscitados por Dios en el momento preciso.

El primer gran impulso misionero protagonizado por Bernabé y Pablo tuvo lugar en Antioquía; el autor subraya la presencia de un carisma especial para que la naciente Iglesia diera el salto hacia el mundo pagano. Con abundantes citas de los Padres, González apoya la tesis de que la primitiva Iglesia es como un movimiento espiritual dentro del mar del paganismo del Imperio romano. San Agustín es un hito importante en esta historia con su fundación del «monasterio del Huerto» y una fraternidad de sacerdotes dedicados al servicio ministerial que tendrá una repercusión honda en la historia de la Iglesia. Asimismo la Orden fundada por San Benito más allá de su repercusión religiosa, resultó ser una poderosa fuerza civilizadora de los pueblos bárbaros, el nacimiento de Europa como *Christianitas* está unido a este y otros movimientos similares.

Al hilo de la lectura de este libro surge, con frecuencia inusitada, una de las ideas principales: las grandes reformas que la Iglesia ha precisado —por ejemplo la gregoriana o la del siglo XVI— han sido iniciadas desde los movimientos suscitados en el pueblo cristiano. Ellos han precedido la reforma «oficial» llevada a cabo en los concilios convocados desde Roma. Los ejemplos son abundantes: Cluny en el siglo XI, la Compañía de Jesús o el surgir de comunidades de observantes antes de Trento. El nacimiento del Estado moderno y de las ideologías cambian netamente el papel de la Iglesia en el mundo; indudablemente, como institución la Iglesia pierde el protagonismo de épocas anteriores. Sin embargo, también existen movimientos que si bien no destacan por la novedad de su mensaje, responden a las necesidades planteadas por la nueva sociedad industrial. A menudo estos movimientos

se inspiran en la espiritualidad de otros más antiguos. Es notable la importancia que la mujer adquiere como iniciadora de numerosas fundaciones; son nuevos carismas que obligan a la Jerarquía a modificar en bastantes aspectos el derecho canónico. En el presente siglo los movimientos destacan por su carácter profundamente laical en consonancia con las enseñanzas del último concilio. Completa esta obra un apéndice que incluye los discursos de las Jornadas de Pentecostés de 1998 y una descripción de los principales movimientos surgidos después del Vaticano II.

El documentado y sugerente estudio del ilustre historiador comboniano presenta, sin embargo, algunos interrogantes. Parece lógico su entusiasmo por los movimientos aparecidos en los últimos años. No obstante, resulta problemático, desde el punto de vista jurídico y teológico, tratar como del mismo género los «movimientos» misionales apostólicos, los «movimientos» que dieron lugar a las Órdenes religiosas, y los «movimientos» (en sentido estricto) que ahora emergen en la Iglesia.

A. Azanza Elío

**Juan Luis LORDA**, *Avanzar en teología. Presupuestos y horizontes del trabajo teológico*. Ediciones Palabra («Libros Palabra», 27), Madrid 1999, 244 pp.

El título de este libro acierta a expresar su planteamiento y contenido. Como observa Lucas F. Mateo-Seco en el prólogo, el autor «ofrece su experiencia y su reflexión sobre cómo avanzar en teología, al tiempo que él mismo continúa avanzando» (p. 14).

Los primeros capítulos despliegan un «mapa» de la teología. Constituyen, a la vez, un alto en el camino para determinar posiciones mediante una reflexión teórico-práctica. Al contestar el autor las preguntas que se ha formulado sobre el significado de «avanzar en teología» y el «talante del teólogo», ve apare-

cer una serie de problemas que reclaman un análisis antes de decidir sobre la ruta más adecuada para proseguir el camino. En esta parte analítica, se exponen precisamente los aspectos problemáticos y sus posibles causas. En el «mapa» aparecen desdibujados o se han perdido algunos elementos importantes para la andadura teológica: el contenido de verdad ha perdido protagonismo a causa de la proliferación del «discurso indirecto»; la teología bíblica ha desaparecido debido a una hermenéutica centrada en el pasado; se echa en falta un planteamiento más vital y menos abstracto en las disciplinas temáticas; el discurso teológico se ha hecho más complejo y disperso, dificultando así la unidad del saber teológico; y, como consecuencia, se ha generado un grave problema pedagógico.

Desde el terreno mismo de la situación analizada, el autor, en un esfuerzo de síntesis, propone un modo de «avanzar». Para ello sugiere recuperar la idea clásica del saber como hábito personal, con las características propias de la teología. En su dimensión externa, el saber teológico se ve como «un saber compartido» a través de la enseñanza y la evangelización; en su dimensión interna, la teología es «cristocéntrica». En su desarrollo implica memoria y erudición histórica, y escuchar a los maestros, sin que el pensamiento de un maestro deba convertirse en un sistema formal. Los requisitos metodológicos son: en primer lugar, la fe de la Iglesia, vivida en el ámbito personal-eclesial y hecha testimonio; además, en el discurso teológico propiamente, es necesario recuperar las «tres formas de racionalidad» presentes ya desde los orígenes de la teología, que el autor designa con unos términos inspirados en Hans Urs von Balthasar como momento «ontológico, dramático y misterioso». Todo ello en un horizonte abierto al progreso sin utopías ni sustituciones, pronto al diálogo ecuménico e interreligioso.

El autor termina con una conclusión sintética sobre la forma de «avanzar en teología» en

el umbral del tercer milenio: «mantener vivos a los maestros, buscar síntesis pedagógicas y orientarse a las necesidades de la evangelización, con sensibilidad ecuménica» (p. 237).

En definitiva, no se trata de un manual ni de un vademecum, sino de un libro orientador que por su planteamiento amplio y positivo puede alentar la andadura teológica de quienes apenas comienzan y también de los que ya han dejado atrás parte del trayecto. El subtítulo «presupuestos y horizontes del trabajo teológico» se confirma, pues, a lo largo de la lectura.

E. Reinhardt

**Alister E. McGRATH**, *Historical Theology. An Introduction to the History of Christian Thought*, Blackwell, Oxford 1998, XIV + 388 pp.

El Prof. Alister McGrath, Director del Wy-cliff Hall de la Universidad de Oxford, y Research Lecturer in Theology, conocido por sus investigaciones sobre la polémica en torno a la justificación (acerca de la cual ha publicado una obra muy importante, de la que damos también noticia en este volumen de AHig), publica ahora un manual de teología histórica para sus alumnos oxonienses.

El A. reconoce, en el Prefacio, que la materia es de suyo muy amplia. Con todo, ha logrado una excelente síntesis, muy didáctica por los recursos tipográficos empleados, los mapas aducidos; práctica también de consulta por los oportunos índices que se incluyen (sumario, índice desarrollado, glosario de terminología, una guía para lecturas de ampliación, índice de fuentes citadas, índice onomástico, etc.). Ha evitado los pies de página, para facilitar la consulta.

La perspectiva de su análisis, desde la óptica anglicana, resulta muy respetuosa para todas las corrientes doctrinales. La obra cons-